



Mónica **LACARRIEU***

*: Dra. en antropología Social (UBA). Profesora titular (UBA). Investigadora Principal CONICET. Directora Proyectos PIP, PICT y UBACYT. Directora Maestría en Cultura Pública (UNA), Co-directora Maestría Habitat y Pobreza Urbana en América Latina (FADU-UBA), Directora Posgrado de Patrimonio Inmaterial (UNC). e-mail: monica.lacarrieu@gmail.com

PRESENTADO: 15.10.20

ACEPTADO: 16.11.20

HABITAR Y GOBERNAR LOS TERRITORIOS DE LA POBREZA EN TIEMPOS DE PANDEMIA: TENSIONES ENTRE EL AISLAMIENTO Y LOS DERECHOS A LA CIUDAD

39

Resumen

El objetivo de este artículo es reflexionar críticamente sobre la visión teórica y empírica relacionada con el concepto de marginalidad urbana, con el propósito de poner en discusión las estrategias adoptadas por los gobiernos nacional y locales de Argentina, con énfasis en la ciudad de Buenos Aires y, el conurbano bonaerense, en relación a la propagación de la pandemia y la instauración de la cuarentena el 20 de marzo de 2020. A partir de investigaciones previas nos interesa repensar modalidades y mecanismos vinculados al “buen barrio” y el aislamiento físico y social. Para esto se revisa la idea de “cerco sanitario” desde la perspectiva antropológica de la marginalidad / relegación en los territorios de la pobreza (en particular, villas de emergencia).

Palabras Clave: Marginalidad urbana-ciudad-aislamiento físico y social.

Summary

The purpose of this article is to critically analyze both theoretical and empirical perspectives related to the concept of urban marginality, in terms of discussing the strategies adopted by national and local governments in Argentina, with emphasis on Buenos Aires city and its metropolitan area, in reference to the propagation of the pandemic and the establishment of the quarantine on March 20, 2020.

Based on previous research, we are interested in thinking again about modalities and mechanisms linked to the “good neighborhood” and physical and social isolation. To this end, we have reviewed the idea of “sanitary fence” from the anthropological perspective of marginality/relegation in territories of poverty (in particular, the slums).

Key words: *Urban marginality city physical and social isolation.*

INTRODUCCIÓN

Hacia fines de la década de los 90, la Cumbre de Hábitat II preanunciaba ciudades del futuro pertenecientes al mundo y el surgimiento de una nueva “revolución urbana”. En ese contexto las ciudades fueron vistas como homogéneamente globales, al mismo tiempo que fragmentadas hacia adentro. El camino a Hábitat III, Conferencia de las Naciones Unidas que en 2016 se desarrolló en la ciudad de Quito Ecuador, reflejó, nuevamente, el protagonismo que en los últimos años adquirieron las ciudades. La necesidad de centrarse en una “nueva agenda urbana”, en este reciente evento, llevó a pensar en la importancia de atender asuntos ligados a la pobreza, la cohesión social y los déficits de habitabilidad y vivienda, pero sobre todo a un compromiso con el desarrollo urbano sostenible que atienda a una planificación de ciudades más densas, pero al mismo tiempo más diversas e innovadoras. Desde hace tiempo suponen que es en las ciudades donde se resolverán los problemas del mundo contemporáneo.

La Nueva Agenda Urbana, elaborada al finalizar Hábitat III, propuso un “ideal de ciudad para todos” y su consagración a través del “derecho a la ciudad”, pensando en la necesidad de aportar a un desarrollo sostenible que contribuya a mejorar la calidad de vida, sin dejar de atender el papel de la cultura y la diversidad cultural como fuentes de enriquecimiento de las metas propuestas. Aunque, en medio de la “revolución urbana” y de “nuevas agendas urbanas” vinculadas a objetivos de innovación y desarrollo; la pobreza, los déficits habitacionales y las críticas condiciones

de vida constituyeron un horizonte de asuntos a atender, paradójicamente, el énfasis fue puesto mucho más en la ciudad como entidad planificada abstraída de las lógicas y dinámicas sociales, sobre todo de los sujetos y grupos sociales que la conforman, la producen y la transforman.

La impostación de este tipo de discursos y propuestas transnacionales incidió en las perspectivas de las ciencias sociales, de igual modo en que sucedió en otros contextos del siglo XX. Es decir, que los modos de pensar y actuar sobre la ciudad variaron según la relevancia adquirida por proyectos urbanos diferentes y las perspectivas teóricas y conceptos legitimados, discutidos o perimidos desde los campos disciplinares en torno de los cuales hemos investigado. Así, previamente a la visibilidad y diseminación del COVID-19, podríamos aventurar que aquellos discursos, manifiestos y desafíos planteados por las Cumbres de Hábitat contribuyeron en la legitimación de políticas y procesos. Redireccionaron los ejes y dimensiones asociados a la configuración urbana y sustituyeron palabras y conceptos en pos de una “nueva comprensión de lo urbano” en la contemporaneidad. Por ejemplo, la palabra pobreza sin conceptualización definida, fue y aun es usada en forma generalizada, mientras las ciencias sociales ensayaron conceptos como “nueva pobreza”, exclusión, vulnerabilidad y -sobre todo en los últimos años- relegación, para aludir a procesos materializados en barrios pobres. También renegaron de otros conceptos como el de marginalidad, y cuando se dio continuidad a éste, se redefinió bajo conceptualizaciones como “marginalidad avanzada” (Wacquant, 2001).

La pandemia como acontecimiento dramático o como “drama social”¹ de la contemporaneidad, sin embargo, produjo situaciones urbanas conflictivas que obligan o autorizan a repensar los procesos de producción y/o reproducción pero también de activación asociados a la pobreza urbana, por ende, a la pertinencia de lógicas de comprensión y de sentido dados a las palabras y conceptos mencionados.

Desde la primera frase del Ministro de Economía argentino, cuando se declaró la cuarentena el 20 de marzo, explicitando que nos quedáramos en casa y solo usáramos el “barrio” y el “comercio de proximidad”, pasando, luego, por el “encierro” y el “aislamiento comunitario”, hasta la práctica del “cerco sanitario” en determinados barrios, se disparó una interpelación en relación a nuestros conocimientos teórico- prácticos construidos desde las investigaciones desarrolladas en el pasado y en el presente previo a la pandemia. Con el tiempo, no solo fuimos tomando distancia de nuestros conocimientos / desconocimientos, sino también percibiendo las diferencias locales / contextuales entre países y ciudades. Además se observó que las metrópolis o grandes ciudades comenzaron a verse como las más afectadas por el denominado “enemigo invisible”. Por ejemplo, Arundhati Roy describió cómo la población india reaccionó frente a un primer discurso sobre la necesidad de “distanciamiento social”:

“No es sorprendente que la solicitud de Narendra Modi fue recibida con gran entusiasmo. Hubo marchas, bailes comunitarios y procesiones. No hubo mucho distanciamiento social. En los días siguientes, los hombres fueron por barriles de estiércol de vaca sagrada, y los partidarios de BJP

*organizaron fiestas para beber orina de vaca. Para no quedarse atrás, muchas organizaciones musulmanas declararon que el Todopoderoso era la respuesta al virus y pidieron a los fieles que se reunieran en mezquitas en gran número”.*²

Un festejo que dejó de serlo en el momento en que, unos días después, se anunció el aislamiento, provocando el encierro de las clases medias y de los ricos en sus barrios privados, expulsando de las grandes ciudades a los trabajadores y los pobres como “una acumulación no deseada”, hasta cerrar fronteras, incluso para los caminantes, quienes fueron obligados a volver a los campamentos de esas mismas ciudades, algo que ni siquiera pudieron hacer los desempleados o los “sin techo”.

Fue difícil pensar esta realidad. Tan difícil como pensar de qué “normalidad” veníamos, para luego imaginar hacia qué “nueva normalidad” (como le llaman) iríamos, cuando aún estamos en una especie de “limbo”, “liminaridad” o “estado de excepción” según nuestras clásicas conceptualizaciones antropológicas. “Encierro”, “aislamiento social / comunitario”, “distanciamiento”, el retorno a la antinomia y dicotomía construida entre la casa y la calle, fueron y aún siguen siendo, no solo palabras que contienen sentidos diversos, sino también procedimientos institucionales / institucionalizados destinados a la delimitación y atenuación del quiebre y crisis, fases cruciales del “drama social”.

Como señalara Raquel Rolnik en una charla brindada recientemente (5 de agosto de 2020) para la Maestría en Habitat y Pobreza Urbana de la FADU (UBA) hemos estado “años hablando de “in-

1. “Los dramas sociales, por lo tanto, son unidades de procesos inarmónicos o a-armónicos, que surgen en situaciones de conflicto”. Dichos “dramas sociales” se constituyen entre 4 etapas, de las cuales la primera y la segunda pueden ser estrechamente asociadas al momento de pandemia: 1) el quiebre de las relaciones sociales regulares y el seguimiento de normas preestablecidas, 2) el consiguiente estado de crisis creciente que puede expandirse más allá de un grupo en el que el quiebre se haya producido. La tercera fase también es rastreable en este contexto: nos referimos al protagonismo que, ante el quiebre y la crisis, adquieren los miembros líderes o autoridades en pos de formular y ejecutar mecanismos/estrategias institucionales/institucionalizadas, a fin de delimitar esos estadios. Víctor Turner formuló esta conceptualización a fin de entender los símbolos rituales entre los ndembu (como el autor señalara, no solo precisaba de teorías preestablecidas, sino como ya lo habían realizado otros antropólogos, encontrar perspectivas y conceptos que iluminaran la realidad social de los grupos sociales con los que él trabajó (Dramas, Fields, and Metaphors, Ithaca, CornellUniversityPress, 1974, pags. 23-59, traducción confeccionada para la cátedra Teorías Antropológicas Contemporáneas, FFyL, UBA).

2. Ver: “Arundhati Roy: ‘The pandemic is a portal’”. Financial Times. Abril 3 de 2020. Disponible en: <https://www.ft.com/content/10d8f5e8-74eb-11ea-95fe-fcd274e920ca>

clusión territorial” como modelo de ciudad que debía llegar a las periferias, generando operaciones de des-territorialización y negación, haciendo pocas lecturas de lógicas y dinámicas complejas”. Agregando, que esa fue una forma permanente de construir esos barrios, asentamientos, favelas, villas, como “espacios de carencia/de falta”. Interesante reflexión desde y sobre la ciudad de San Pablo, ante la situación que la pandemia contribuyó a visibilizar. La mirada retrospectiva desde la que Rolnik desarrolló su charla, nos llevó a la relectura de un artículo publicado, apenas hace 2 años (Lacarrieu, 2018), en el que el foco de análisis apuntaba al/a los futuro(s) de los asentamientos precarios y que, aun desconociendo la llegada de la pandemia, nos condujo por una visión de incertidumbre que hoy “satura el presente”³ (Lomnitz, 2016).

Este artículo procura reflexionar críticamente sobre los procesos de producción de las “marginaciones/marginalidades” urbanas, considerando los espacios y los grupos sociales asociados a las mismas. Partiendo del juego teórico en el seno del cual las ciencias sociales, particularmente la antropología, han discutido y cuestionado el uso del concepto de “marginalidad urbana” e incorporando nuevas categorías, y sobre todo observando el impacto de estas perspectivas en los campos empíricos sobre los cuales se han aplicado las mismas, focalizaremos nuestra atención en el hábitat/habitar, las poblaciones vulnerables y los procesos de “integración” socio-urbana vinculados a las villas y/o asentamientos populares. No obstante, específicamente relacionado al contexto de pandemia y cuarentena derivada de la expansión del virus en el contexto local de la ciudad de Buenos Aires.⁴

Desde esta perspectiva nos preguntamos: ¿Tiene sentido (desde una mirada particularista) seguir

tratando los asentamientos precarios como excepciones poseedoras de un estatus específico que los distingue de los espacios formales de las ciudades? ¿Es posible continuar construyendo dichos asentamientos o barrios como espacios marginales o constituidos en torno del concepto y la producción de la marginalidad socio-urbana? ¿Son solo el producto de intervenciones del estado que acaban regulando las representaciones y prácticas de quienes, aparentemente, se constituyen en los márgenes? ¿Cómo se habitan estos espacios en el contexto de pandemia y de aislamiento/distanciamiento (ASPO/DISPO)? ¿Qué procesos de violencias institucionales (materiales y simbólicas) han tenido lugar en este contexto? ¿Cómo y dónde se ubica el sentido de futuro en la experimentación que vivencian estos pobladores? ¿Cuál es el futuro imaginado que atraviesa los sentidos de experimentación asociados al vivir en la villa?

DESCENTRANDO LA MARGINALIDAD URBANA/TRABAJANDO EN LOS MÁRGENES

Aproximadamente hace un año (2019) fuimos convocados por el Observatorio Universitario de Buenos Aires (OUBA) de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, para la confección de un Informe sobre la crisis habitacional en la ciudad de Buenos Aires. Algunas cuestiones naturalizadas se presentaron como problemáticas, reorientando nuestra primera mirada. ¿Dónde se situaba el problema de la crisis habitacional? Empíricamente hablando, desde la antropología, aunque no desde quien dirige el observatorio, se ubicaba en los asentamientos, villas o barrios con conventillos y hoteles pensión, o casas tomadas, en suma en la pobreza. Por el contrario, para quien organizaría y organizó el informe para los medios de comunicación, el problema involucraba a las clases medias que

3. Retomando lo que ha dicho Lomnitz (2016): “Ha habido algo en el ritmo de lo cotidiano, en estas épocas recientes, que nos ha llevado a ser muy presentistas; hay una saturación del presente, que tiene un lado horrible y otro agradable, donde parece que solo importa ese presente: nos coloca en una situación donde pareciera que no hay futuro, y si no hay futuro no hay pasado”.

4. En este artículo retomaremos datos etnográficos relacionados con la investigación desarrollada en el proyecto al PICT-FONCYT (2013-2016) “Proceso de integración y exclusión en medios urbanos. Las políticas culturales y sociales y su implicancia en la configuración de la ciudad”, bajo la investigación responsable de Mónica Lacarrieu y Adriana Clemente y en el marco del Centro de Estudios de Ciudad (CEC). Todas estas investigaciones centradas en la villa 21-24, a las que se suman, el inicio de un archivo de memorias, mediante la puesta en práctica de relatos de vida de referentes del Movimiento Villero de la Ciudad de Buenos Aires (en colaboración con Julia Nesprías). Resulta de importancia destacar que las apreciaciones sobre el impacto de la pandemia y el aislamiento en este tipo de barrios, son el resultado del uso de fuentes secundarias que han sido puestas en diálogo con el trabajo de campo mencionado.

habían adquirido un UVA⁵ y obviamente nos interpelaba con las viviendas vacías que deberían ser habitadas, pero sus propietarios no colocan en el mercado y el estado no considera como viviendas que deberían ser socializadas para solucionar la crisis habitacional.

Por lo tanto, mientras íbamos confeccionando el informe y, sobre todo, cuando fue finalizado, encontramos, en palabras de Bourdieu y Wacquant (1995, 178-9), “un problema socialmente producido dentro de y mediante un trabajo colectivo de construcción de la realidad social”, no obstante, construido en base a preconceptos y formulaciones sesgadas en relación a: reducir el déficit habitacional a la cuestión de la escasez de viviendas, cuando la problemática es más compleja y excede a la falta de vivienda; visibilizar y ubicar la pobreza y la vivienda deficitaria en determinadas zonas de la ciudad, particularmente las periféricas (los márgenes de la ciudad) y en especial la zona sur, donde encontramos las villas de emergencia, los asentamientos populares; la invisibilización, por ende la omisión y negación de otras formas de viviendas o sitios pobres, que se distribuyen en otras zonas de la ciudad y se entremezclan con otros tipos de hábitats y sectores sociales (nos referimos a los conventillos que, aun en el barrio de La Boca, no son visibilizados, las casas tomadas y ocupaciones ilegales, los hoteles-pensión, los “sin techo”, entre otros). Estas ideas preconcebidas entre luces y sombras, simplificaron el problema de la crisis habitacional en la ciudad de Buenos Aires a un sector minimizado de la misma, además localizado en zonas ocultas para la mayor parte de los habitantes. Asimismo, llevó a pensar en una ciudad delimitada y distante del AMBA. Recordemos que en el contexto de pandemia esta visión ampliada y asociada al Área Metropolitana, ha sido permanentemente remarcada como de gran relevancia debido a la circulación de gente que lleva a que, en el presente, sea imposible pensar en dos territorios autónomos.

En buena medida estas miradas sesgadas son parte de representaciones hegemónicas construidas desde diferentes ámbitos, incluyendo los académicos, las investigaciones de las ciencias socia-

les, los medios de comunicación, los asociados a las políticas públicas, y fortalecedoras de una “visión dicotómica de la sociedad marcada por la oposición ciudad/favela...” (do Prado Valladares 2005: 129, n/traducción). La autora, de hecho, refuerza una visión que ha recorrido el camino de las ciencias sociales en relación a las favelas de las ciudades brasileras: la que parte de la “favela-problema a la favela-solución”, asunto que no solo trabaja desde el campo empírico, sino también desde la formulación y diseminación de la teoría de la marginalidad, muy presente en sus orígenes en las ciencias sociales, y como veremos también en la antropología.

Para la antropología, el desembarco en los asentamientos de la pobreza urbana (producido entre los `40 y los `50 del siglo pasado) visibilizó una tensión entre la representación de la “aldea indígena”, visualizada como pura e intocada por la civilización (el “lugar antropológico” planteado por Marc Augé 1999) y la de los sectores pobres de las ciudades, asociados a la impureza e incluso a la inmoralidad -caracterización denominada por Claudia Fonseca (2005, 118-19) como “hiposuficiencia cultural”-. De allí, una primera intención de extrapolar, no solo enfoques metodológicos, sino también perspectivas teóricas, como la postulada por Oscar Lewis (1961), quien introdujo la noción de “cultura de la pobreza”, con fuertes consecuencias, no solo sobre la academia, sino también sobre las políticas públicas que procuraron entender y solucionar el problema bajo el prisma culturalista (aún presente en la visión de la diferencia y el arraigo de la misma en el territorio). En la década de los `60, Larissa Lomnitz (1975, 18), por un lado, cuestiona la visión de Lewis, y por el otro, recupera la categoría de marginalidad definida en una primera etapa por la sociología y desde una perspectiva economicista, diferenciándola de la de pobreza “que implica más bien una situación de escasos ingresos”, incluso planteando la relación entre ambas pero como no necesaria para la definición de marginalidad. Desde esta perspectiva, Lomnitz incorporó el concepto de *marginalidad de pobreza* como variante específica de la marginalidad definida desde la desvinculación del sistema económico

5. Préstamo implementado durante el gobierno anterior, con el objetivo de adquirir una vivienda, pero que con el tiempo, comenzó a ser impagable debido a los intereses que fueron sumándose a las cuotas.

urbano-industrial, pues la pobreza era considerada como más profunda en América Latina que otros países industrializados. La pregunta que la autora desarrolló en su conceptualización aludía a “cómo sobreviven los marginados”, partiendo de la falta de integración al sistema de producción económico, pero con una respuesta fundada en el presente de las barriadas de la ciudad de México, particularmente en el proceso migratorio que se estaba produciendo y que, de hecho, fue condición de las diferentes perspectivas, nos referimos a las redes de intercambio entre parientes y vecinos, específicamente redes de ayuda mutua y reciprocidad, pensadas y analizadas desde la teoría antropológica del funcionalismo (una visión que, como en el caso de la “cultura de la pobreza”, aún persiste en investigaciones y políticas públicas).

Como puede observarse, la marginalidad se ha construido desde diversas concepciones, como hemos planteado, en los primeros tiempos fue una categoría economicista y solo con el tiempo fue desplazándose hacia la comprensión del espacio urbano. Es decir, ese desplazamiento abrió el camino hacia una conceptualización asociada a la “marginalidad social” traducida en “una expresión territorial en los *barrios marginales* [...] percibidos por los especialistas latinoamericanos como la manifestación más típica de la no integración de amplios segmentos de la sociedad urbana” (do Prado Valladares 2005, 128, n/traducción).

La cuestión de la integración socio-urbana fue el eje desde el cual pivotaron las diferentes categorías de la marginalidad, aunque con sutiles matices: por un lado, para algunos autores (no solo vinculados a la antropología) que partían de la lógica dicotómica que separaba a la ciudad de los espacios marginales a la misma, en un futuro cercano, pensaban que se produciría la integración de los marginales a la ciudad y la modernidad; por el otro, para autores como Carolina María de Jesús (citada por do Prado Valladares, 129) que trabajó en las favelas de Río de Janeiro (aunque si releemos las historias de vida que hizo Lewis en las vecindades mexicanas, era visible esa visión de la autora mencionada) la integración ya era un hecho, la población favelada no era marginal, tampoco habitaba espacios aisladas, aunque sí

estuvieran insertos en las ciudades de maneras diferentes. Es decir, que los primeros autores pensaban la favela, la villa de emergencia, la vecindad como un problema propio de la marginalidad que, sin embargo, la veían como etapa de transición que en poco tiempo haría de esos asentamientos precarios, barrios integrados a la ciudad y de los pobres urbanos, ciudadanos legales y asociados a la formalidad. Pero, al mismo tiempo, los otros observaban una integración relacionada con otros ámbitos como el del trabajo, el de la política, el de la salud, e incluso el de la cultura.

Como ha señalado do Prado Valladares (2005, 130), una vertiente teórica que llevó a una planificación de políticas públicas urbanas, enfatizó en la idea de los espacios marginales como “problema” o como problemáticos, atravesando a los mismos como anti-favela (en las ciudades brasileras) o como anti-villa (en Buenos Aires). Esta perspectiva fue la que fortaleció la visión del aislamiento. No obstante, en la mirada futurista de algunos expertos y de ciertas políticas, así como con el correr de las décadas, los espacios llamados y considerados “marginales” comenzaron a observarse como la “solución”. Los primeros avances, en este sentido, se forjaron simultáneamente con la idea de la marginalidad urbana como problema, enfatizando en la visión de la integración socio-urbana. Pero también, algunos autores en la cronología meticulosa que hace la autora (como William Mangin y John Turner), vieron en estos barrios “una respuesta popular y eficaz para la cuestión del déficit de viviendas en las grandes metrópolis en fase de urbanización acelerada” (2005, 132, n/traducción). En la visión de la “lógica del ascenso social” que fuera analizada, para esa etapa de las ciudades por Donzelot (2004), la marginalidad urbana vista como solución, se asoció a la idea de la “sobrevivencia y transición” y a la posibilidad posterior de producir a futuro una movilidad social, no solo en los sectores medios de la población urbana, sino también en los habitantes de estos barrios.

Es evidente, al menos en la ciudad de Bs As, que la visión problemática o la asociada a la solución relacionada con las villas, asentamientos, barrios con conventillos y/o hoteles-pensión, entre otros, no ha sido lineal en términos cronológicos, sino contextual y discontinuada. Basta con mirar la etapa de la última dictadura militar (1976/83) para

observar la vuelta a la idea de la anti-villa puesta en juego a través de la erradicación de las poblaciones con estrategias diversas: desde la violencia desarrollada con topadoras hasta el traslado de los pobladores al conurbano bonaerense estimulados, en general por las iglesias asentadas en estos espacios, mediante prácticas de autoconstrucción. Pero también en el período menemista (la década de los 90) cuando el gobierno focalizó la mirada en la villa 31 de Retiro bajo la lógica antagónica basada en el atraso (la villa) o el progreso (la autopista, que finalmente se construyó). No obstante, en esta clave, para la misma época, la idea de integración volvió a traer una solución desde la política urbana de la ciudad de Buenos Aires (si bien, atravesada por la cuestión del “problema”): el plan de villas partía del prejuicio y preconcepto según el cual, aquellas eran visualizadas como espacios caóticos, desordenados y problemáticos (el atraso) que, por ende, debían convertirse a través de estos programas de urbanización, en barrios ordenados, modernos, moralizados (el progreso).

Juan Dukuen (2010) retoma el capítulo “Villeros o cuando querer es poder” publicado por Rosana Guber (1991) donde la autora conceptualiza la “identidad villera” en base a la lógica antinómica del adentro-afuera relacionada con las voces de los villeros, los vecinos del entorno villero y los expertos de las ciencias sociales (particularmente los antropólogos). De acuerdo a Dukuen, la autora observa en relación a los tres actores, que sus discursos (incluso los asociados al sentido común) se encuentran permeados por componentes de la teoría de la marginalidad elaborada por el sociólogo argentino Gino Germani (1980) (tal como señalamos en relación a Larissa Lomnitz, en su versión funcionalista). “Estar fuera de la sociedad”, señala Dukuen, es “ser marginal” y ser parte de un lugar definido desde adentro como carente, haciendo al villero (como a otros pobladores de este tipo de barrios) responsable de ese estado de carencia/falta, considerando que son las instituciones e incluso los expertos, los que deberían traer la solución. Resulta interesante del análisis de Dukuen, su hipótesis anclada en el carácter “residual” (recuperando a R. Williams, 1980, 1994) de los aspectos centrales de la teoría de la marginalidad que Guber encuentra en aquellos discursos de los años 80 y que el autor rastrea, más recientemente, en los medios de comunicación.

Mientras el mundo académico en general ha cuestionado esa teoría “mitificada” de la marginalidad (aún expandida en ciertos discursos), incluso criticada en tanto “mito de la marginalidad” (Perlman 1977, citado por do Prado Valladares 2005, 129), el concepto de marginalidad no ha desaparecido del todo. En 2007 Wacquant retoma el mismo señalando algunas consideraciones:

“...la marginalidad urbana no está en todos lados tejida con las mismas fibras y, si se lo piensa bien, no es algo sorprendente. Los *mecanismos genéricos* que la producen, así como las *formas específicas* que reviste, se vuelven plenamente inteligibles cuando uno se toma el trabajo de ubicarlas en la matriz histórica -característica de cada sociedad en una época dada- de las relaciones entre las clases, el Estado y el espacio” (Wacquant, 2007, 14).

Este autor vuelve sobre una “perspectiva sociológica de la *marginalidad avanzada*” (un nuevo régimen de relegación socioespacial y de cerrazón excluyentes) (2007, 15) al comparar y analizar el “hipergueto” norteamericano y la *banlieu* francesa, mientras Donzelot (2004), también desde la mirada puesta en las *banlieus*, elude el término y vincula estos espacios a uno de los procesos urbanos contemporáneos, entre los que se encuentra el de relegación urbana. Wacquant (2001,167) habla de nuevas formas de desigualdad y de un nuevo régimen de marginalidad urbana que sitúa desde el final de la era fordista, denominándola “marginalidad avanzada” y vinculándola a la “nueva pobreza” asociada a la “modernización de la miseria” ante la reestructuración del capitalismo en las ciudades y el “ascenso de un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas” (Wacquant, 2001,168).

Sin embargo, su conceptualización no es factible de ser aplicada del mismo modo en los países y ciudades estudiados por el autor, como en los de América Latina, pues para Wacquant la marginalidad en el pasado era residual, cíclica, solucionable por la expansión del mercado y difundida en los barrios obreros de la ciudad, mientras en el presente, ubica ese nuevo tipo de marginalidad en barrios aislados y desconectados de la estructura macroeconómica.

Wacquant (2001,171-180) enfatiza 4 lógicas vinculadas a la nueva marginalidad, como el resurgi-

miento de la desigualdad social, los cambios en el trabajo asalariado, el achicamiento y la reestructuración del estado de bienestar, la concentración y estigmatización ligada a la lógica espacial (asociado a nuevas distribuciones en el espacio, si antes se ubicaba en “barrios obreros”, ahora atraviesa áreas a las que “no se puede ir”); dinámicas que, con excepción, de la segunda, el resto nunca se presentaron con esas características en nuestra región.

En América Latina, el concepto de marginalidad dentro del campo académico ha sido cuestionado, particularmente en relación a la teorización inicial y clásica, considerando que para las nuevas conceptualizaciones anteriormente, es una “idea fuera de lugar” en el sentido dado por Lins Ribeiro (2005, 43), y en su aplicación a las políticas y planes urbanos, también comenzó a omitirse, sin por ello atenuarse del todo en los discursos, voces y palabras que lo retoman desde el sentido común (los habitantes de los espacios de pobreza urbana, los pobladores de las ciudades en su conjunto, los medios de comunicación, entre otros). Aunque no lo desarrollaremos en este texto, retomamos un testimonio que citamos en un artículo de nuestra autoría, que da cuenta de la relevancia que adquirió en los últimos años palabras como “urbanización” y la visión conceptual/empírica, pero también asociada a la política y la gestión vinculada a la “urbanización con integración al barrio”. En aquel artículo señalamos: “La palabra urbanización y la visión vinculada a la integración al barrio en el caso de las villas históricamente constituidas, parece ser el eje que los constituye discursivamente pero también en relación a las demandas hacia el estado” (Lacarrieu 2018, 387-88). Considerando a continuación, el testimonio brindado por Mario de la villa 21-24:

*“...la cuestión de una buena vez que el poder político, asuma el compromiso de **urbanizar con integración al barrio**, eso es un paso que hay que dar. Dando ese paso, vamos a tener la tranquilidad de poder respirar profundo, ustedes saben que acá, la llaman «ciudad de Dios» por un alto consumo*

*de paco.... Lo que pasó hace poco con esta familia paraguaya en la villa 11, 14. Por ahí, tenemos, queremos hacer algo, no es no queremos que se haga porque es juntadero de fisura, gente que se quiere hacer una placita, no, no, no, porque si no va a ser una placita va ser juntadero de fisuras, una fisura es un enfermo. De hecho, yo creo que el Estado no ha intervenido como corresponde ahí yo creo que la urbanización con integración, con el tema de la interacción con el barrio, aquel digamos expuesto ante la ley hoy el tema de un pasillo, de los recovecos, se ocultan, nosotros no tenemos poder factico, le voy a decir «no venda» y me va a decir: «quien sos vos», absurda. El Estado debería encarar de una buena vez, un proceso concientizador de generar una expectativa de **cultura de la calle**”.*

Es decir que diversas palabras y conceptos han sustituido la idea de marginalidad, si bien algunos de ellos, como radicación o urbanización con integración, se han construido en oposición a prácticas de gestión política recusatorias de los espacios y habitantes aludidos, mientras muy pocos, como el de relegación urbana, han sido parte de elaboraciones conceptuales desde las ciencias sociales.

Ahora bien, cuestionar el concepto de marginalidad, no se ha traducido necesariamente en el uso de otras palabras con implicancias teórico-metodológicas. En el seno de la perspectiva antropológica, como ha señalado Fonseca (2005), se observa un persistente “trabajar en los márgenes” que, aunque no refiere a la marginalidad (tal como la desandamos)⁶, continúa teniendo consecuencias sobre la mirada que construimos en relación a los espacios y pobladores involucrados. La antropología y la etnografía se han constituido en esa visión anclada en las periferias, pero no solo en los espacios que han sido adjetivados como peligrosos y situados en las afueras, sino también en los sujetos y grupos sociales visualizados como al margen del orden y de la urbanidad civilizatoria. También en lo que refie-

6. “...trabajar en los márgenes”, aunque ese trabajo no es asociarse al concepto de marginalidad urbana, tan presente en los años 50-60 y aún hoy rescatado en algunas investigaciones...” (Fonseca, 2005).

re a los sujetos y grupos sociales, la autora señala los cambios que ha habido en relación a quienes son definidos como pobres, de hecho, remarca la aparición del término excluido, incluso como una forma de discriminación hacia los pobres urbanos que no encajarían en las nuevas categorías sociales de la contemporaneidad (Fonseca, 2005). En consecuencia, de “tres tipos de actitudes que pueden obstaculizar nuestras investigaciones: 1) no debería haber pobres, 2) si existen, deberíamos poder solucionar su situación y transformarlos, 3) la etnografía, en caso de no llegar a una solución, debería poder denunciar ese estado de pobreza.

Algunos avances desde la antropología, en particular, permiten repensar esa visión que fuera asociada al “trabajar en los márgenes”. Agier (2012), por citar un antropólogo francés, refiere a tres procesos de descentramiento, de los cuales el que más nos interesa para lo que estamos trabajando, es el segundo:

“...que consiste en desplazar el lugar y el momento de la mirada desde el centro y el orden hacia los bordes y el desorden. Para ello, es preciso tomar a las fronteras como eje de observación y punto de partida de la reflexión, entendidas -en un sentido antropológico muy genérico- como espacios intermedios, como umbrales y límites, como momentos de incertidumbre e indecisión... Desplazando así el foco hacia el desorden, la carencia y el aparente caos de los “márgenes”, de los bordes y los límites -en sentido más amplio, de las fronteras-, las descripciones y análisis logran dar cuenta de los procesos y los orígenes”. (Agier, 2012, 11)

Aunque el propio Agier dice que esta forma de descentrar no es novedosa para la antropología, lo original y nuevo estaría en extender la mirada sobre los mundos y sin prejuicios. Asunto que Fonseca ya había planteado, cuando retoma la idea de “trabajar en los márgenes” o en “situación de frontera”, como señala Agier, en relación a los flujos y entre-lugares.

En la introducción de este artículo, nos preguntamos: ¿tiene sentido seguir tratando los asentamientos precarios como excepciones poseedoras de un estatus específico que los distingue de los

espacios formales de las ciudades? ¿Es posible continuar construyendo dichos asentamientos o barrios como espacios marginales o constituidos en torno del concepto y la producción de la marginalidad socio-urbana? ¿Son solo el producto de intervenciones del estado que acaban regulando las representaciones y prácticas de quienes, aparentemente, se constituyen en los márgenes? Evidentemente, los planes e intervenciones del estado, aunque con algunas excepciones, contribuyen en el fortalecimiento de una territorialización de los “problemas”, convirtiendo los espacios y colectivos sociales de la pobreza urbana en recortes/fragmentos pensados en torno de políticas y planes tendientes a revertir el territorio-problema en territorio-solución. Desde esta perspectiva, los planes e intervenciones reproducen ese estatus específico de “excepción”, así como retoman el concepto “clásico” de marginalidad y producen la construcción de representaciones e imaginarios desde los cuales las poblaciones urbanas miran esos territorios como social y espacialmente caóticos, así como carentes de un estado que no ha podido regular un orden.

Esta perspectiva que parece no haber transformado la ciudad contemporánea y sobre todo, los lugares habitados por los sectores de la pobreza urbana, reproducen, en cierta forma, el modelo de ciudad de matriz colonial que, en el caso de Buenos Aires, ha sido negado, fundamentalmente hacia fines del siglo XIX cuando la visión eurocéntrica de ese período tomó fuerza a partir de la idea de modernidad urbana. No obstante, podemos especular que, entre la ciudad colonial y la ciudad moderna, ha persistido un modelo asociado a la “colonialidad del poder” (Quijano, 2000) a partir del cual el concepto de “ciudad letrada”, postulado por Rama (1984), se volvió clave para segmentar las urbes a través de una versión segregacionista y racializada de las mismas. La “ciudad letrada” es la del orden construida a distancia social, cultural y espacial, materializada en su visibilidad (sobre todo en una visibilidad representacional), pero también en la conflictividad que, constantemente, desde “otras visibilidades”, disputan los territorios relegados.

Frantz Fanon (1963) en el contexto de colonización europeo de fines de siglo XIX y principios del XX, nos interpelaba con la visión de la ciudad

colonial de ese momento (no tan diferenciada de la que “conquistó” las ciudades de América Latina en tiempos previos), considerando las experimentaciones de los habitantes situados en las periferias en contextos de violencia material y simbólica. Es decir: “Fanon concibe la ciudad como una grilla que organiza las relaciones de poder y la experiencia colonial...” (Catelli, 2014, 61). Al parecer estos modelos colonizadores que impactaron sobre las ciudades fueron la base y el sustento de las perspectivas que teórica y empíricamente dieron lugar a la marginalidad, a una lógica dicotómica entre centro-periferia y a los territorios situados en “los márgenes” (no solo geográficos, sino también promovidos por las mismas ciencias sociales, como hemos visto en el caso de la antropología).

¿Por qué resulta relevante la historización del recorrido teórico que hemos desarrollado hasta aquí? Ante todo, para comprender que, aunque la teoría ha avanzado y discutido conceptos como el de marginalidad, no siempre eludiéndolo, sino en ocasiones reubicándolo según contextos localizados diferenciados (como observamos en el caso de las ciudades norteamericanas o el propio París donde el concepto ha regresado, aunque tal vez con pocas probabilidades de instalarse en nuestras ciudades); ciertas representaciones y prácticas institucionalizadas se producen y reproducen en las ciudades del presente. De hecho, la “urbanización con integración” que se consensuó con fuerza, en los últimos años, incluso entre los habitantes de los barrios populares de Buenos Aires, se fundó en una visión que no escapa de la segmentación y el fortalecimiento de territorios relegados en su marginalidad.

La integración pensada hacia adentro de las mismas “villas de emergencia” mediante estrategias de urbanización, parten del deterioro urbano preexistente, pero no de legitimar su articulación compleja con el resto de la ciudad. En efecto, el “arraigo” hacia adentro o la desconcentración de organismos públicos (como se procuró efectivizar en los últimos años del kichnerismo), la ley sancionada por aquellos años como Ley de la Identidad Villera, son solo algunos elementos que permiten observar ese consenso puesto en un modelo urbano en que la pobreza debe quedar por fuera de la ciudad. En este sentido, regenerando el mapa del déficit, la crisis y la carencia en esos pequeños puntos situados en los márgenes y que, como

observamos al inicio de este tópico, contribuye a imaginar una ciudad de “mercedores” (Oszlak, 1991). Pero también este recorrido nos permite comenzar a reflexionar sobre que permaneció y/o que se transformó con la llegada del virus global que, que como hasta ahora hemos podido observar, ataca en mayor grado a las metrópolis.

Entonces, en los siguientes puntos nos preguntaremos: ¿Cómo se gobiernan y se habitan los espacios marginales en el contexto de pandemia y de aislamiento/distanciamiento social (ASPO/DISPO), en el origen de cuarentena estricta?

EL “ACONTECIMIENTO DRAMÁTICO” DEL COVID-19 Y EL “ENAMORAMIENTO DEL BARRIO”: ¿AISLAMIENTO ES IGUAL A MARGINALIDAD?

Para pensar los acontecimientos “dramáticos” que atravesaron y atraviesan los espacios de la pobreza urbana, se hace necesario preguntarnos: ¿en qué estado de situación nos encontrábamos, teóricamente, pero también en relación a las políticas, al momento de llegar el COVID-19 a nuestras ciudades, y en particular al AMBA?

A fines del siglo XX, la globalización era la meta a seguir, mientras se produjeron contextos en los que, en contrapartida con ese proceso, se producían situaciones de repliegue comunitario que, en las ciudades de América Latina, se materializaron fuertemente en relación a los barrios cerrados, en los que los sectores medios y altos se entusiasmaron con el “urbanismo afinitario” -así denominado por Donzelot (2004)- concepto asociado a ese tipo de procesos. Por este camino, los estudios antropológicos sobre lo urbano discutieron el espacio de lo local en la visión del “fragmento” y en las que los conflictos entre sectores sociales diversos se resolvían entre muros (Lacarrieu, 1998). Es decir que el “encierro” urbano fue un proceso electivo por parte de algunos sectores con el fin de tomar distancia física y social de grupos sociales percibidos como amenazantes. En ese contexto, muchos especialistas definieron las ciudades de ese momento como “ciudades medievales”, y otros pusimos en cuestión dicha caracterización. La partición de la ciudad, vista desde la antropología, podía suponer pensar en la visión

comunitaria o del “lugar antropológico” (simultáneamente a que Augé conceptualizara el “no lugar” en relación a la globalización) pero, además, fortalecer la construcción de diferencias (sobre las que nuestro campo se constituyó), desechando una mirada compleja sobre las conexiones que, como señalara Hannerz (1996), la antropología tendió a omitir.

El barrio, obviamente los espacios relegados, se reconvirtieron en un “problema”, al decir de Donzelot (2004), y el “ser pobre” se constituyó bajo el “estatus de una *anomalía social*” (Wacquant, 2001, 129). Al momento de inicio de la pandemia podríamos aventurar que nuestra ciudad se analizaba entre la visión de los barrios pobres como “problema”, aunque bajo políticas construidas en la ambigüedad y conflictividad producida por el “urbanismo social” y la “destrucción creativa” (Harvey, 2013). Hasta el advenimiento de este virus, dependiendo de la perspectiva con la que se intentaba comprender la ciudad, ésta, veíamos, se reproducía bajo patrones de la “colonialidad del poder” (ese modelo “racializante”, del que hablamos anteriormente, y que, por estos días, ante la toma de tierras del conurbano bonaerense resurge)⁷ o bien bajo paradigmas clasistas, como el que retomó la noción de “destrucción creativa”, vista como:

“La absorción del excedente mediante la transformación urbana (...) que ha supuesto repetidas rachas de reestructuración urbana mediante una ‘destrucción creativa’ que casi siempre tiene una dimensión de clase, ya que suelen ser los más pobres y menos privilegiados, los marginados del poder político” “implican las desposesión de las masas urbanas de cualquier derecho a la ciudad”⁸ (Harvey, 2013). En ese sentido, “... relaciona la urbanización con la división de clases, ya que siempre se extraería el excedente desde algún sitio, mientras

que serían otros los que tendrían el control y harían uso de éste” (Riffo Quintana, 2015, retomando a Harvey).

Así, entre la lucha colonial y racializante del poder (como hemos visto más arriba) y la lucha de clases (en la visión de Harvey), se agregó la lucha/disputa de/por los lugares. Deberíamos agregar a estas formas de configuración de la ciudad, la extrapolación (como “idea fuera de lugar”) del urbanismo social. En ese contexto, en el que los barrios pobres (particularmente las villas de emergencia oficialmente legitimadas por el gobierno local) eran visualizados en la perspectiva del “deterioro urbano”, pero con respuestas diferenciadas: por un lado, como hemos mencionado, hasta 2015 el gobierno nacional entró a estos territorios bajo la idea del “arraigo” y en relación a la desconcentración de organismos públicos de cercanía, incluyendo el campo cultural (en la villa 21-24, la Casa de la Cultura fue un ejemplo paradigmático), a lo que se sumó la perspectiva de la urbanización con integración consensuada con los pobladores y en la que participaron ambos gobiernos, si bien con diferentes visiones; por el otro, desde 2016, se acentuó el modelo del urbanismo social, tomado desde la ciudad de Medellín (Colombia), estrechamente asociado a la perspectiva del gobierno local. Este tipo de plan fue centralmente definido desde una renovación urbana popular, sin presencia, en la primera etapa, de la vivienda social, procurando procesos de transformación en zonas críticas, a través del diseño y ciertas estéticas (donde el color es priorizado), basado en el marketing urbano, aunque con la idea de generar equidad e inclusión social. Probablemente, el barrio 31 de Retiro, ha sido el ejemplo más acabado de este tipo de urbanismo, recuperando de Medellín esa visión relacionada con la “monumentalidad de la periferia” (Duque Franco, 2014). La inclusión de casas de la cultura y de intervenciones en los espacios públicos, con integración de plazas, por ejemplo, son parte de esa perspectiva.

7. La Unión de Trabajadores de la Tierra ante las tomas, plantearon: las tomas de tierras “NO son un problema de seguridad, sino un grave conflicto social!! Vemos con preocupación el resurgimiento de discursos racistas y xenófobos ante quienes luchan por una vida digna”.

8. Este proceso de reestructuración urbana, no es imparcial, ya que busca la acumulación de mayor capital concentrado a su vez en un número contado de personas. Es por eso que “casi siempre tiene una dimensión de clase, ya que suelen ser los más pobres y menos privilegiados, los marginados del poder político, los que más sufren en esos procesos” (Harvey, 2012).

La pandemia desembarcó en la ciudad en marzo de 2020, provocando la “ruptura de un cotidiano socio-antropológico”. Desde el inicio, un consenso gubernamental recorrió una posible nueva forma de habitar la ciudad: la vuelta al barrio en todo su esplendor, visualizado en su sentimentalismo, y en la materialización de un “buen barrio” por efecto de ese movimiento que, de un día para el otro, nos llevó a tener que recurrir a la clausura en la casa (omitiendo la situación de habitantes viviendo en casas precarizadas, e incluso el estado de vulnerabilidad social que atraviesa a indigentes y “sin techo”), y la proximidad residencial. Por un breve tiempo, todos aquellos modelos y planes pensados para los espacios de la pobreza, parecieron quedar suspendidos (de hecho, los técnicos del Instituto de la Vivienda de la Ciudad, durante ese período se dedicaron a repartir bolsones de comida, o acompañar, desde el asistencialismo, a los diferentes grupos sociales, familias y sujetos inmersos en esos territorios). Durante ese tiempo, entonces, esquivamos nuestras miradas y debates en relación a qué tipo de barrios eran posibles de ser imaginados como “barrios de proximidad”, y hasta negamos la presencia de esos territorios críticos, o bien los neutralizamos como barrios integrados al resto de la ciudad. Es decir, pareció haber un “solo tipo de barrio”: calificado en torno de la “pureza del barrio”. En esta primera etapa, la “pureza” pareció atravesar la ciudad en su conjunto. Sin embargo, a medida que el virus comenzó a expandirse y tomar territorios de los denominados confines, ese carácter puro del barrio comenzó a resquebrajarse. Desde aquí resulta interesante volver sobre Bernand (1994), quien en su análisis sobre la segregación urbana, retoma a Mary Douglas (1973).

En “Pureza y Peligro” (1970), la vinculación con la higiene que construyó Mary Douglas en relación a las sociedades indígenas, y que le permitió demostrar que “todo lo que se sitúa en los confines/márgenes es considerado como una potencial amenaza sobre el conjunto. Estos márgenes pueden ser internos o externos. Los riesgos de contaminación pueden rondar las fronteras exteriores del cuerpo social y ejercer una presión sobre ellas, o bien caen sobre las divisiones internas...” (Bernand, 1994, 78), nos retrotrajo a antiguas pandemias en las que el higienismo fue el vector desde el cual se definió dónde estaba el peligro y cómo debía

disecionarse la ciudad entre “regiones morales” a fin de moralizar los diferentes territorios y grupos sociales (basta volver sobre la fiebre amarilla a fines de siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires, epidemia que cambió la fisonomía urbana y generó desplazamientos poblacionales como sucedió desde el centro histórico hacia nuevos barrios). Carmen Bernand continúa reafirmando:

“La idea de Mary Douglas es que lo inarticulado se ubica en los confines de la sociedad y se opone a aquello que permanece bajo el control de la sociedad: aquellas regiones inarticuladas son pues los márgenes, los límites confusos, aquello que está más allá de las fronteras. Reflexionar sobre la sociedad, en antropología, es preguntarse por la relación del orden y el desorden, del ser y el no-ser, de la forma y la falta de forma, de la vida y la muerte” (1994, 78).

Aunque las ciudades contemporáneas no pueden mirarse con el mismo lente con que Douglas observó las sociedades indígenas, e incluso la impureza con que la autora definió esos márgenes de aquellos pueblos, pues como señala Bernand (1994, 79), lo impuro puede no ser representado, ni reconocido por las sociedades de la contemporaneidad, sin embargo, tal como hemos observado sucedía previamente a la pandemia (aun cuando los barrios pobres fueran vistos como “solucionables”), en la etapa siguiente a ese primer momento de la pandemia-cuarentena, los riesgos del peligro y la impureza comenzaron a construir material y simbólicamente los “márgenes”.

Por otro lado, a medida que la cuarentena permaneció entre nosotros, ese “buen barrio” que se suponía requería de un “buen vecino”, sacó a relucir, no solo la presencia del “mal vecino” que, como ha señalado Bernand (1994, 82), “invade la intimidad del otro, se hace ver, se hace escuchar” (en la práctica actual el vecino que controla sin producir esa urbanidad controlada y regulada que conocimos en la etapa de la modernidad urbana); sino también visibilizó la territorialidad de la pobreza, concebida como “marginal” respecto del resto de la ciudad, pero también del poder político. Es decir que, así como se esperaba la idea-

lización -promovida por Jane Jacobs (2011)- del “barrio imaginado” (que con énfasis resaltaban, hace ya varios años, los habitantes de los barrios cerrados), también se esperaba cierta empatía entre “buenos vecinos” que Bernard resaltó como garantía de neutralidad.

En esta perspectiva, en el primer momento de la pandemia-cuarentena en lo que refiere a los espacios de la pobreza, que algunos continúan definiendo como marginales, se neutralizó esa visión mediante la puesta en marcha de una representación material y simbólica del “barrio imaginado” y la del “buen vecino”. No obstante, el propio virus se encargó de visibilizar esos “márgenes” y profundizar su peligrosidad, cabe entonces preguntarse: ¿es posible y cómo puede neutralizarse, en este nuevo contexto, ese “aparente caos de los márgenes” (Agier 2012: 11) que escapó de los controles representacionales, de las regulaciones espaciales y del cotidiano urbano?

LA GOBERNABILIDAD DE LA POBREZA: DEL ENCIERRO AL “AISLAMIENTO COMUNITARIO” Y AL “CERCO SANITARIO”

“El gueto de Varsovia es esto. Es un gueto. Tendrían que haberlo hecho (el cerco policial) el primer día. Están ahí encerrados” (Juan José Sebrelli, mayo de 2019).

Los dichos de Sebrelli dan testimonio de una mirada que construye “anomalía” socio-urbana y en su argumento autoritario refiere a la perspectiva de Wacquant (2001, 129) sobre “la *desposesión simbólica* (agregaríamos, también, material) que transforma a sus habitantes [los pobladores marginales] en verdaderos parias sociales”.

Aproximadamente un mes después de iniciada la cuarentena, el problema se focalizó en algunas villas de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires (como la 31, situada en Retiro, un barrio cercano a otros de mayor poder adquisitivo y la 1-11-14

ubicada entre varias otras en el Bajo Flores, una zona periférica y relegada). Y como ya había señalado, en el caso de la India, Arundhati Roy⁹: “Las carreteras principales pueden estar vacías, pero los pobres están hacinados en cuartos estrechos en barrios marginales y chabolas” mientras Giles-Vernick¹⁰ recalcó: “es un error referirse a África como un único ente sin reconocer su diversidad”, y pide evitar los prejuicios. “Veo algunos artículos en la prensa que apuntan a la ‘cultura africana’ como una barrera para el confinamiento”, apuntando, en ese sentido, a que no debe ser atribuible a la “cultura”, lo que seguramente es un problema de pobreza y las consecuencias” derivadas. En algunos casos, como señalaba Giles-Vernick, el problema de la cuarentena en determinados continentes y países era asociado a la cuestión cultural, sin embargo, rápidamente rebatido por otros especialistas en el tema e incluso por antropólogos atravesados por el tema de la cultura y las diferencias culturales y hasta epidemiólogos, que consideraron que las medidas de contención del virus, no afectaba por igual a todas las poblaciones y que, por ende, podía incrementar las desigualdades. En este sentido, de a poco, se comenzó a ver que la pobreza es la que dificulta el confinamiento y no la cultura.

Cuando la pobreza se hizo visible para el virus, también se visibilizó el confinamiento como “concepto burgués” (Hamza Esmili, sociólogo y habitante de una banlieu en Saint Denis), recordándonos el hacinamiento en que habitan los sectores relegados de las grandes ciudades y que en el caso de las *banlieus* parisinas, hace unos años fue visto, como se intentó en el presente, como parte de la “cuestión cultural africana”, es decir la poligamia como costumbre con consecuencias sobre las tipologías de viviendas. Esmili definió el confinamiento desde esta perspectiva:

“Creo que el confinamiento es necesario para frenar la pandemia actual, evidentemente. Ahora, como sociólogo, veo que la idea del confinamiento tiene un cierto número de presuposiciones y no corresponde a la realidad.”

9. Roy “La pandemia es un portal” (Argentina: Comunicar: una página del pensamiento antiidentitario), 2020, s/página.

10. Chaparro, Laura “La medicina no basta: por qué necesitamos ciencias sociales para frenar esta pandemia”, Comisión Universitaria para la atención de la emergencia, CORONAVIRUS, Agencia SINC, abril 2, 2020.

*Especialmente, no corresponde a la realidad de la gente en los barrios pobres. El confinamiento es un concepto burgués. La idea es que todos tengamos una casa individual, un poco burguesa, en la que podamos refugiarnos cuando haya una pandemia o un desastre natural. Pero lo que veo en los barrios pobres no es para nada eso. Existe una realidad rodeada de condiciones insalubres, pero no solo eso. En este tipo de barrios, hay casas en las que viven cuatro o cinco personas por habitación, por ejemplo. También hay viviendas que no son habitables, en las que no puedes quedarte todo el día, porque prácticamente el espacio no se presta para ello [...] Eso no significa nada para ellos. Es como si hablaras en una lengua que nadie comprende. No se traduce en el día a día de mucha gente”.*¹¹

52

Es decir, para el cientista social el confinamiento está lleno de preconceptos y mentiras, en tanto esas poblaciones no se quedan en sus casas, salen a la calle para realizar sus trabajos y como también lo señaló Rolnik, efectivamente, el modelo del aislamiento social está basado en una idea falsa: solo se aislaron los sectores con posibilidades de hacerlo (especialmente, dice la arquitecta, las clases medias).

En este contexto, el Presidente de la Nación, siguiendo asesoramientos epidemiológicos y posibles soluciones diferenciadoras para estos espacios, particularmente en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, planteó en su conferencia de prensa del 10 de abril de 2020, en la que extendió la cuarentena:

“Nosotros tenemos, además, una experiencia, que venimos haciendo con

*resultado incierto, esta es la verdad, en los barrios más humildes del Gran Buenos Aires, como allí es muy difícil controlar la cuarentena individual, lo que nos propusimos fue hacer eso que llamamos **cuarentena comunitaria**, es decir tomo el barrio y me garantizo que nadie salga y que nadie de afuera entre al barrio, y si el barrio no está infectado evito que alguien entre o alguien salga a buscar la infección”* (Transcripción de la Casa Rosada, el resaltado es nuestro)¹².

El aislamiento comunitario como estrategia fue reforzado por el Secretario de Economía Social, también referente de un movimiento social:

“Nuestro planteo, junto con las organizaciones sociales, era que había que hacer el aislamiento comunitario, es decir, tratar de que el virus no entre al barrio, antes de que hubiese circulación”, dijo. “Lo que había que hacer desde el primer caso era aislar y procurar que el entorno también se aisle; pero eso no se hizo, sí a la persona, pero no a su entorno” (16 de mayo de 2020).¹³

Como hemos señalado en páginas anteriores, el “aislamiento comunitario” retomó algunas prácticas gubernamentales anteriores a la cuarentena: la llegada de ministerios y organismos a las villas fue una forma aparente de aproximar el estado a los habitantes, justificado en la idea del “arraigo”, desestimando la práctica de circulación e interacción entre el barrio y los diferentes lugares de la ciudad. Evidentemente, nuestros estudios sobre estos espacios, ha dado resultados sobre circulaciones intra-barriales (donde hay comercios de proximidad tanto como en los barrios), pero también sobre entradas y salidas del barrio por

11. Ver: “El confinamiento es un concepto burgués”: cómo el aislamiento afecta a las distintas clases sociales, entrevista realizada por Norberto Paredes para News Mundo, 12 abril 2020. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52216492>

12. Disponible en: <https://www.casarosada.gob.ar/informacion/conferencias/46825-conferencia-de-prensa-del-presidente-de-la-nacion-alberto-fernandez-acerca-de-la-extension-de-la-cuarentena-por-el-coronavirus-covid-19-desde-olivos>

13. Ver: “Emilio Pérsico: ‘Había que hacer aislamiento comunitario, pero no se hizo’”. Página 12, 16 de mayo de 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/266212-emilio-persico-habia-que-hacer-aislamiento-comunitario-pero->

efecto de las diversas inserciones laborales de los hombres y las mujeres que lo habitan.

La práctica del “aislamiento comunitario” que se vinculó estrechamente a las villas y asentamientos del conurbano bonaerense (al menos discursivamente, aunque también se sumó como estrategia gubernamental a las villas de la ciudad de Buenos Aires), en una primera instancia, volvió a recurrir en la idea de “barrio imaginado” a través de la noción de “comunidad”. Las ciencias sociales, en especial la antropología, la han discutido en relación a las perspectivas culturalista y funcionalista que la conceptualizaron como homogénea (donde todos son iguales), próxima, familiar, desconflictivizada. De hecho, Robert Redfield (1947) en los primeros años del siglo XX, cuando construyó el *continuum* folk-urbano, situó en el ámbito folk la idea de comunidad, así como Larissa Lomnitz cuando introduce la noción “marginalidad de pobreza” y explica la sobrevivencia entre los pobres de las vecindades mexicanas a través de las redes de ayuda mutua que crean “comunidad”.

Como se observa, esta práctica fue pensada en torno de una representación similar a la del barrio, la proximidad y el “buen vecino”. Pero, en una segunda instancia, la estrategia gubernamental ligada a este tipo de aislamiento, aparentemente diferente del pensado para otros lugares y pobladores, recuperó (probablemente sin que esto haya sido consciente) una lógica binaria del adentro-afuera que, como hemos señalado en las primeras páginas de este texto, atravesó diversos análisis que fueran realizados en los 80-90 del siglo pasado (ya discutidos), pero que, como ya señalamos, fue retomado recientemente, aunque desde modelos vinculados a los gobiernos. El “encierro” no electivo por parte de los habitantes, supuso una serie de características atribuidas a los territorios de la pobreza: la solidaridad como un componente clave, la interacción e intercambios sociales desproblematizados, las relaciones sociales horizontales, la confianza como un valor simbólico de relevancia, la familiaridad y la vuelta a las redes de ayuda mutua, la des-conflictivización, todo ello visto como pre-existente y, por ende, apropiable en este contexto de cuarentena. Hacia los inicios del siglo XXI, Donzelot (2004), habló de tres procesos urbanos para las ciudades contemporáneas, situando en uno de ellos,

el de relegación urbana, a los barrios “problema”, analizó las experiencias y prácticas de sus habitantes en torno de una cierta “inmovilidad voluntaria” o de una relativa “débil movilidad de los habitantes de esos barrios hacia los de clases medias”, devenidas de su naturaleza constreñida del entre-sí. Aunque, de acuerdo al autor, estos pobladores pueden salir y establecer relaciones electivas, esa relativa inmovilidad se asienta en estados de situación preexistentes que los ha ubicado en procesos de estigmatización territorial y social, asumiéndose como “otros acusados”, desde los cuales acaban apropiándose de estos espacios, encontrando una forma positiva de identidad nutrida de relaciones de vecindad intensa que los coloca, siguiendo a Donzelot, en la paradoja de fijarse entre ellos (“el otro explícito”), y el evitar constituirse entre un “nosotros” que deja ver en demasía lo que tienen en común. La distancia física, social y legal son tres dimensiones fundamentales, según el autor, que explican la permanencia de estos contextos aún a pesar de las políticas públicas.

Si bien Donzelot analiza estos territorios de relegación desde las banlieus francesas, no deja de llamar la atención que ciertos presupuestos acerca de las representaciones y prácticas de las poblaciones involucradas han sido observados como propios de nuestros barrios pobres, enfatizando ese carácter marginal que aún prevalece como concepto naturalizado entre las políticas y planes. Por otro lado, aunque desde la perspectiva antropológica hemos discutido con este sentido restrictivo y constreñido vinculado a la relegación urbana, la idea de “inmovilidad” acompañó la versión edulcorada del “aislamiento comunitario” y del probable ataque al virus mediante este encierro electivo que, no sería difícil de obtener, en la medida en que dichos pobladores ya lo estarían desarrollando, previamente a la pandemia. No obstante, esta visión rigidizada, cae por su propio peso, pues la distancia espacial (que el autor coloca en relación a un desempleo creciente) no se observa respecto de estos territorios y el resto de nuestra ciudad, la distancia social (asociada a la ausencia de vínculos con los otros sectores sociales) parece improbable cuando observamos el tipo de empleos que estos hombres y mujeres desarrollan en el resto de las ciudades, en consecuencia, la circulación intra y extra comunitaria no solo es fluida e intensa

previamente a la pandemia, sino que continuó aun con la existencia del virus entre nosotros.

La “pureza” con que se pensó el barrio de proximidad, en primera instancia, y luego en los asentamientos populares a través del “aislamiento comunitario” (como si la comunidad “entre nosotros” atacara y extrajera el virus del lugar), no alcanzó a la hora de producirse contagios masivos en las villas de emergencia de la ciudad de Buenos Aires (la visibilización política y mediática de la 31 en Retiro, y de la 1-11-14 en Flores, intentó invisibilizar la problemática de la pobreza en la ciudad y de las desigualdades estructurales), dejando ver que aquellos procesos de recualificación asociados al “urbanismo social” no habían sido suficientes para frenar el Covid y que otros problemas, como la falta de agua, de cloacas, de higiene urbana, de viviendas hacinadas, excedían la posibilidad del reforzamiento comunitario.

Con el agregado que llevó la problemática allende la Avenida General Paz, o sea hacia el conurbano bonaerense, particularmente a la extremadamente mediatizada Villa Azul ubicada entre los municipios de Avellaneda y Quilmes en el Gran Buenos Aires, donde ante el incremento del peligro del contagio, se instalaron los denominados “cercos sanitarios”, cuestionados en un comienzo (desde la noción del “gueto” y de las prácticas violentas asociadas a la última dictadura militar), incluso por los propios movimientos sociales, luego naturalizados ante la visión protocolizada mediante presencia policial y vallas de metal, límites (casi controles de seguridad) a los que los pobladores debían llegar en caso de emergencia para salir del barrio; reinstaló el poderoso estigma territorial y territorializado sobre estos barrios -también denominados por Wacquant (2001, 129-130)-, como “barrios de exilio” donde quedan cada vez más relegadas las poblaciones marginadas).

¿Podremos especular con la presencia de procesos de violencias institucionales (materiales y simbólicas) que han tenido lugar en este contexto? En cierta forma sí, y no solo con la instauración de “cercos sanitarios”, el mismo “aislamiento comunitario” y el despliegue casi invisible de estrategias ya desenvueltas previamente a la pandemia, como las ligadas al “urbanismo social” y que en el caso más extremo ha llevado a la instalación (en

2019) de un “paseo-patio gastronómico” en la villa Rodrigo Bueno emplazada en la Costanera Sur (a pocos metros de Puerto Madero en la ciudad de Buenos Aires) o aquellas como el realojamiento de habitantes del barrio 31 en plena pandemia; son ejemplos que contribuyen a pensar en una mayor negación de estos espacios y sus habitantes, pero que también hablan de una escasa lectura y comprensión de lógicas y dinámicas que discuten con los presupuestos naturalizados.

En este contexto, ciertas narrativas y metáforas que determinados autores asociaron en tiempos anteriores al virus con estos lugares y sus pobladores y en la tensa relación con el resto de los habitantes urbanos, han sido potenciadas: por ejemplo, “*esto es como una peste*” (Wacquant 2001, 130), aunque no haya sido explicitada literalmente en los casos mencionados, la representación de esa metáfora (esta vez fuertemente literalizada en la presencia de la “peste” real) ha estado atravesando sensaciones y prejuicios. Incluso, hasta en contradicción con las estrategias gubernamentales asociadas a la renovación urbana popular, los habitantes de la ciudad esperan ver un arrasamiento, como si el estigma quedara fijado más allá de cualquier cambio (las tomas de tierras producidas en el conurbano bonaerense, recientemente, son la representación de esa imagen y deseo). No obstante, los vecinos, por ejemplo de la Rodrigo Bueno, ante la edificación de viviendas y la instalación del patio gastronómico, imaginan (aún más en el presente en que es posible continuar con las mesas y sillas al aire libre):

“Lo que me dicen los vecinos es que para ellos este lugar significa un punto de encuentro entre el barrio y la ciudad. Estos lugares rompen prejuicios y empiezan a generar una unión. Acá la gente del barrio sirve un producto de excelente calidad. Esta gente tiene mucho que aportar, solo hay que generar puntos de encuentro para que todos, los del barrio y la ciudad, se den la oportunidad de conocerse», concluyó Randle, coordinador del proyecto” (realizado en vínculo entre el Instituto de Vivienda de la Ciudad y BA Capital Gastronómica)¹⁴. Y como se despren-

14. “La villa Rodrigo Bueno ya tiene su patio de comidas al aire libre” por Alejandro Horvat, La Nación, 24 de agosto de 2019.

de del testimonio, hay una intención de romper con la aparente inmovilidad, aun cuando esto se desea se produzca desde la movilidad hacia la villa, bajo el supuesto atractivo que puede producir el encuentro con otras culturas (peruana, paraguaya).

REFLEXIONES FINALES: ¿CÓMO IMAGINAR/PENSAR EL FUTURO DE LA TERRITORIALIDAD DE LA POBREZA?

En la introducción de este texto, nos hicimos algunas preguntas que fuimos respondiendo parcialmente a lo largo de estas páginas. Los interrogantes planteados fueron: ¿Tiene sentido seguir tratando los asentamientos precarios como excepciones poseedoras de un estatus específico que los distingue de los espacios formales de las ciudades? ¿Es posible continuar construyendo dichos asentamientos o barrios como espacios marginales o constituidos en torno del concepto y la producción de la marginalidad socio-urbana? ¿Cómo se habitan estos espacios en el contexto de pandemia y de aislamiento/distanciamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO/DSPO)? ¿Qué procesos de violencias institucionales (materiales y simbólicas) han tenido lugar en este contexto? Efectivamente, hemos observado que antes y durante la pandemia, los asentamientos precarios continúan siendo tratados como “excepciones” y con un estatus específico que continúa colocándolos en el lugar de la “marginalidad”, pero también en el de la peligrosidad, cuestión que con el aislamiento social y territorial se ha potenciado, incluso a partir de estrategias y procesos de violencia institucional ya comentadas.

¿Por qué volver a repensar las situaciones de vulnerabilidad social en el contexto problemático de pandemia y aislamiento? Porque, como hemos observado, el aislamiento no solo ha producido cambios o estados de excepción en la ciudad en su conjunto, sino sobre todo ha profundizado situaciones de vulnerabilidad y potenciado desigualdades sociales, sobre todo cuando las estrategias de gobernabilidad de la pobreza, han tendido a producir este tipo de procesos. No obstante, la organización social preexistente, ha sido de gran relevancia en la relación con la población, el acom-

pañamiento y la autogestión de la cotidianeidad. En pos de realizar algunas reflexiones finales quisiéramos remarcar algunos asuntos relacionados con la temática. En primer lugar, nos interesa resaltar que hemos transitado (con algunos avances, en el presente, hacia un regreso al tiempo anterior a la pandemia) por una ruptura de la “normalidad” en general, pero sobre todo de la cuestión urbana. La imprevisibilidad, la incertidumbre, han producido una ruptura o al menos un “estado de suspensión” de una cotidianeidad regulada por reglas y normas que, aunque en los últimos años, se han producido en crisis respecto de la urbanidad moderna, volvió inteligible la experimentación de la ciudad. Ahora bien, el primer asunto que nos parece que hay que mirar es que esa liminaridad (concepto que los antropólogos clásicos impostaron para traducir el paso de un antes hacia un después en determinadas situaciones, aunque claro bajo los parámetros de rituales que permitían salir de un orden y llegar a otro), o esa suspensión, no se advierte en los barrios populares: durante el momento más álgido de la cuarentena, incluso cuando en algunas villas del conurbano se cerraron rígidamente, mientras las de la ciudad se “controlaron” con mayor flexibilidad, los comercios de proximidad internos, se abren, los asados grupales se realizan, se comparten “juntadas” de jóvenes en las esquinas, los adolescentes juegan al fútbol, se entra y se sale en pos de procurar la calle y el trabajo, es decir podríamos aventurar que la rutina no se ha roto. En realidad, es el aislamiento impuesto a través del “cerco sanitario” el que apareció como norma acerca de cómo debe hacerse y casi culpando a los habitantes que no la cumplen. Sin embargo, dichos cercos ya no son parte del escenario pandémico en la ciudad, aunque sí hay regímenes de control territorial que se producen y auto-promueven desde las organizaciones sociales y la población de dichos territorios (la Garganta Poderosa nacida en la villa 21-24, Barracas, ciudad de Buenos Aires, es una de las agrupaciones de jóvenes que más han trabajado en este sentido, por ejemplo, en relación al campo educativo o la Casa de la Cultura Popular en la misma villa, ha desarrollado un programa “La casa en casa” desde la que ha procurado consolidar actividades por vía virtual).

En segundo lugar, resulta interesante pensar

la naturalización con que todos los sectores sociales (no solo los pobres) desarrollan su vida social. Es bastante claro para quienes trabajamos en barrios relegados que estas poblaciones (no homogéneamente) desarrollan experiencias ordenadas y naturalizadas de la cotidianeidad. Es decir, los peligros, los miedos, las sospechas y amenazas, suelen ser acordados y consensuados como regularidades a las que se han acostumbrado: frente a lo comentado, un habitante señaló: *si viví siempre entre basura, en viviendas ruinosas, entre ratas, etc., ¿por qué el virus me enfermaría?* Estas ambigüedades, confusiones, dudas, el propio “enmascaramiento del peligro” (Auyero y Swistun 2008) es parte de esa dinámica social y del conocimiento/familiarización de la misma. Entonces, ¿por qué imaginar que el cierre no voluntario producirá una aceptación sobre el miedo a un virus desconocido hasta para la medicina?

En tercer lugar, el saber antropológico ha discutido contundentemente sobre la visión del hábitat como única medida de comprensión de los barrios, asentamientos, y espacios en general. Hace ya tiempo que la dicotomía entre la casa y la calle (Da Matta, 1997) ha sido debatida con fuerza. El propio Antonio Arantes en 1994 discutió esa lógica binaria mediante resultados empíricos de la ciudad de San Pablo, donde el autor observó “zonas morales de ambigüedad y contradicción” que revelan que calle y casa se entremezclan en el desarrollo de la vida social urbana. Así, ha tomado protagonismo la noción del “habitar” (Giglia, 2012) que, como dice la autora, introduce la construcción del lugar, no solo como la casa, sino como conjunto de espacios (incluyendo los márgenes de la urbanización, los “sin techo”, entre otros espacios y grupos sociales) en los que prácticas y representaciones asocian a los sujetos a un orden espacio temporal (Giglia, 2012,13), el cual es reconocido, comprendido, regulado. El modelo de habitar que instaura la política pública (el “quédate en casa” o el “aislamiento comunitario”), llega con un discurso único y una forma de practicado

homogéneamente. Esa modalidad del habitar no suele coincidir con el habitar social que no es homogéneo, sí diferenciado, pero también desigual. Por lo tanto, acaba no funcionando, produciendo vaciamientos en algunos sectores territoriales de la ciudad, por ende, zonas deshabitadas, pero también territorios, como los de la pobreza, que nunca se deshabitaron u otros que con el paso del tiempo, se han habitado en el seno del desborde social.

Como dijo Rita Segato¹⁵, “es un equívoco pensar que la distancia física no es una distancia social”. No solo porque como ella dice, hay pueblos con conexiones no verbales (indígenas que desarrollan co-presencia en silencio), sino porque incluso en las ciudades la “sociabilidad intensa” requiere de encuentros consensuados y encuentros en conflicto y/o en disputa necesarios para reconocernos, experimentar la urbe, vivenciar los espacios y reconocer a los “otros”. Pero agregaríamos que, incluso la distancia/distanciamiento, como hemos visto, deben ser relativizados, sobre todo cuando se trata de los barrios populares.

¿Cómo imaginar o pensar el futuro del habitar y experimentar los territorios relegados en ciudades pandémicas?

Resulta aún difícil pensar en el futuro, o tal vez el futuro es el presente o retomará aspectos del pasado, porque como ha señalado recientemente Darío Sztajnszrajber en una entrevista televisiva¹⁶: “el tiempo está desquiciado”, o como alguna vez planteó Claudio Lomnitz (2016), “estamos saturados de presente” y podríamos agregar, por eso mismo, el “tiempo está desquiciado”. Entre el pasado, presente y futuro (en clave de linealidad temporal), la pandemia nos retrotrajo a un pasado, no tan lejano, en el que en la ciudad no podía vivir cualquiera, había que merecerla, claro que en ausencia de prácticas dictatoriales como aquellas de la última dictadura militar (Oszlack, 1991). Y tal vez, no tan alejado de ese pasado, el presente-fu-

15. SEGATO, Rita. 2020. “Es un equívoco pensar que la distancia física no es una distancia social”, La Nación, 2 de mayo de 2020.

16. Viernes 4 de setiembre de 2020 al canal América.

turo avizorado por el escritor Federico Andahazi, es el de un proceso de “favelización”, donde ese oscuro objeto asociado a la favela brasileña, se vuelve referencia de que lo peor está entre nosotros, recrudece la estigmatización territorial y al parecer (a raíz de las tomas de tierras ocurridas recientemente en el conurbano bonaerense) las villas que llegaron a la ciudad en los 30-40, ya no son los espacios de la gente pobre que venía a trabajar, sino el resultado de cierto descontrol político-social.

Si estos caminos son los que podría dejarnos la expansión del virus, es probable que más que soluciones estaríamos volviendo sobre el barrio popular como “problema” estigmatizable y puesto a distancia (marginado) del resto de la población. Sin embargo, para finalizar podríamos pensar que, por un lado, puede haber reconceptualizaciones propicias para repensar la territorialidad urbana y obviamente, los territorios de la pobreza, así como,

por el otro, puede haber principios y estrategias de hacer ciudad en los que los derechos ciudadanos sean la clave de los cambios requeridos. En cuanto a la primera cuestión, la antropología dedicada a estos temas ha pensado y repensado mucho sobre el espacio de lo local, como superador de lo barrial. Lo local como “el efecto de una serie de operaciones de “localización”, de construcción continua y más o menos concertada de un universo de prácticas y simbólicas ad hoc”, y De la Pradelle (2000) continúa que los antropólogos trabajamos sobre los “efectos de la sociedad” en este sentido de lo local, o como ha dicho Bourdieu (1999), “efectos de lugar”, no solo habitados sino sobre todo apropiados. En cuanto al segundo asunto, los derechos a la tierra, la centralidad, la urbanidad / sociabilidad, e incluso la densidad, pueden ser centrales para entender el derecho a la ciudad e incluso principios innovadores para re imaginar un futuro de inclusión territorial, social, política y cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Agiar, M. (2012). "Pensar el sujeto, descentrar la antropología". Cuadernos de Antropología Social. núm. 35, julio, 2012, pp. 9-27.
- Arantes, A. (1994). "A guerra dos lugares. Sobre fronteras simbólicas e liminaridades no espaço urbano". *Revista do Patrimônio Histórico Nacional*, Nº 23, 1994, Río de Janeiro.
- Augé, M. (2009). *Los No lugares. Espacios del Anonimato: Antropología sobre modernidad*. España, Gedisa.
- Auyero, J. y SWISTUN, D. (2008). *Inflamable, estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires, Paidós.
- Bernand, C. (1994). "Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion". En C. Bernand (Ed.) *La ségrégation dans la ville*. Paris, L'Harmattan.
- Bourdieu, P. (1999). "Los efectos de lugar". En: Miseria del Mundo. Argentina, Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Catelli, L. (2014). "La ciudad letrada y los estudios coloniales: perspectivas descoloniales desde la "ciudad real". *Vanderbilt E-Journal of Luso-Hispanic Studies*, 9.
- Chaparro, L. (2020). "La medicina no basta: por qué necesitamos ciencias sociales para frenar la pandemia". SINC, 2 de abril de 2020.
- De La Pradelle, M. (2000). "La ville des anthropologues" en: *La ville et l'urbain. L'état des savoirs* sous la direction de Thierry Paquot, Michel Lussault et Sophie Body-Gendrot. París : Éditions La Découverte.
- Da Matta, R. (1997). *A casa e a Rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Río de Janeiro.
- Do Prado Valladares, L. (2005). *A invencao da favela. Do mitode origema favela.com*. Río de Janeiro : Editora FGV.
- Donzelot, J. (2004). "La ville a trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification". *Revue Esprit, La Ville a trois vitesses*, Num.303, marzo-abril, Francia.
- Douglas, M. (1973). *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. España, Siglo XXI.
- Dukuen, J. (2010). Las astucias del poder simbólico. *Las "villas" en los discursos de Clarín y la Nación*, Buenos Aires, Editorial Koyatun.
- Duque franco, I. (2014). "Políticas públicas, urbanismo y fronteras invisibles. Las disputas por el control espacial en Medellín". *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 18, Universitat de Barcelona.
- Fanon, F. ([1961]1963). *Los condenados de la tierra*. México, D.F, Fondo de Cultura Económica.
- Fonseca, C. (2005). "La clase social y su recusación etnográfica". *Revista Etnografía Contemporánea* nº 1, UNSAM.
- Germani, G. (1980). *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Giglia, A. (2012). El habitar y la cultura. *Perspectivas teóricas y de investigación*, Anthropos, coedición con México-Barcelona: UAM-Iztapalapa.
- Guber, R. (1991). "Villeros o cuando querer es poder". En Guber y Gravano: *Barrio sí, villa también. Dos estudios de antropología*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Hannerz, U. (1996). *Conexiones transnacionales. Cultura, Gente, Lugares*. España, Frónesis, Catedra Universidad de Valencia.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Salamanca, Akal.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Lacarrière, M. (1998). "El dilema de lo local y la producción social de la feudalización". *Alteridades*, vol. 8, núm. 15, 1998, pp. 7-23.
- Lacarrière, M. (2018). "Futuros Inciertos y precarios: Asentamientos precarios en la ciudad de Buenos Aires". *Oculum Ensaíos*, Vol. 15, nº 3.
- Lomnitz, C. (2016). "Estamos saturados de presente" Entrevista de Bertha Hernández, Crónica, 12 de marzo de 2016.
- Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México, Siglo XXI.
- Lins Ribeiro, G. (2005). "Post-imperialismo: para una discusión después del post-colonialismo y del multiculturalis-

- mo". En Mato, D. : *Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO. pp. 41-67. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/mato/LinsRibeiro.rtf>
- Lewis, Oscar (1961). *Antropología de la pobreza*. Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- Oszlak, O. (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires, Humanitas.
- Quijano, A. (2000). "Colonialidad del poder y clasificación social". *Journal of world-systems research*. Special Issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein - Part I; 342-386.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte.
- Redfield, R. (1947). "La sociedad folk". *Revista Mexicana de Sociología*. Año IV, Vol. IV, Núm. 4, UNAM, México, D. F.
- Turner, V. (1974). *Dramas, Fields, and Metaphors*. Ithaca, Cornell University Press, 1974.
- Wacquant, L. (2001). *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y estado*. Argentina, Manantial.
- Williams, R. (1994). *Sociología de la Cultura*. Barcelona, Paidós.

